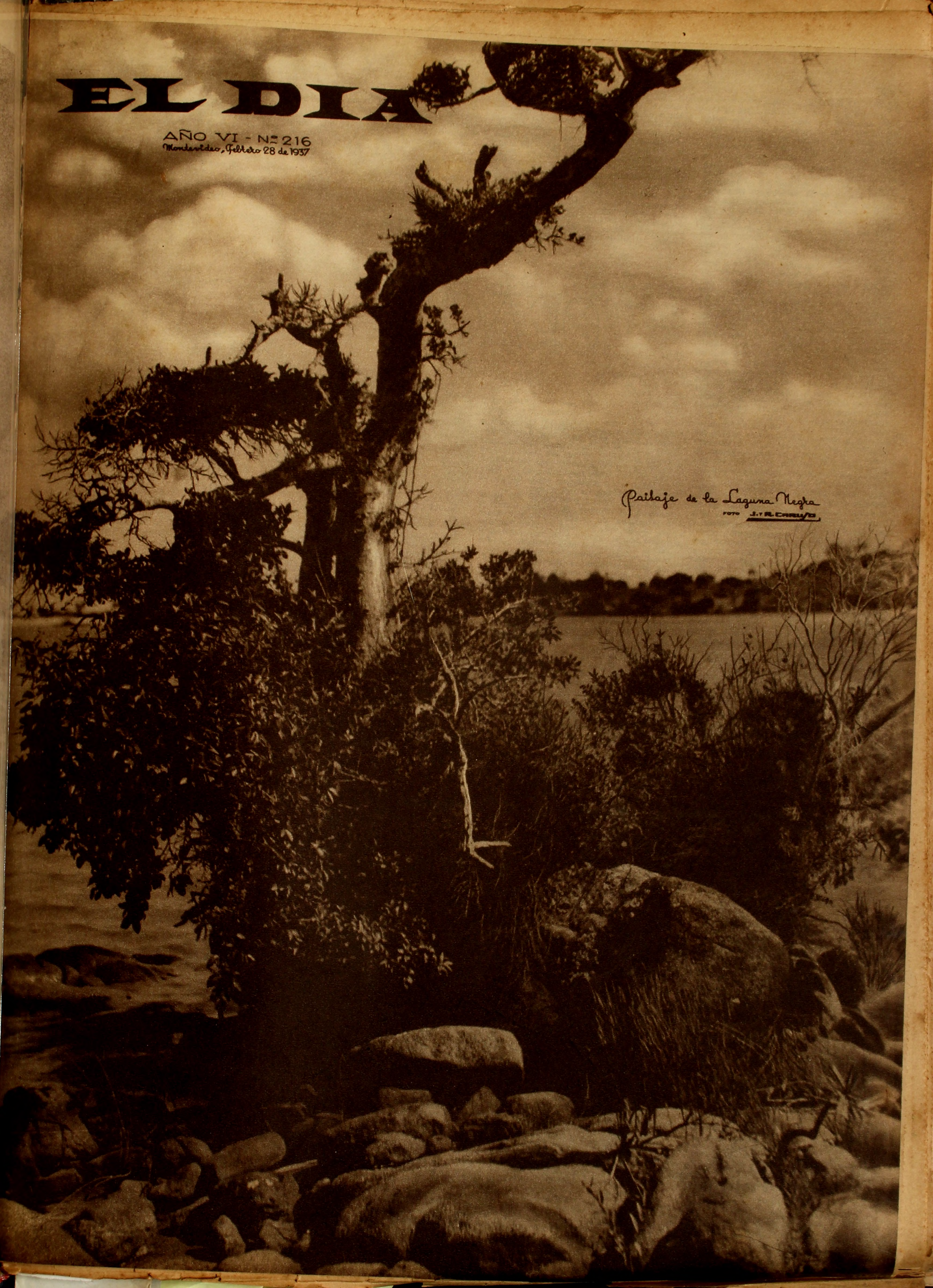


Paisaje de la Laguna Negra
FOTO J. y R. CARUSO

HORACIO QUIROGA

por Alberto Lasplaces.

dibujos de Vernazza

HORACIO Quiroga, — cuyo primer libro en prosa y verso: "Los arrecifes de Coral", apareció en 1901, — es, ante todo, un fuerte, un original, un gallardo temperamento de escritor. En nuestra literatura nacida con este nuevo y formidable siglo, nadie hay que pueda parangonarse con él en sartar en finos hilos de plata gemas deslumbradoras y en hundirse tranquilo como piloto experto en los brumosos mares de la psicología. Una vida agitada y dolorosa impulsada por una impaciencia juvenil de agotar todas las ánforas, de levantar los velos de todos los paraísos, y que en un gran techo pareció deslizarse bajo la oscura presión de un implacable fatalismo, enriqueció su caudal de amargura y de experiencia y cuajó en flores raras y opulentas de cálido y sensual aroma. Desde el París refinado de los simbolistas, el París deliciosamente artificial y sugestivo que concibió a Des Eseintes y la de Phocas, adorador de los placeres de quintaesencia, de las suntuosidades bizantinas, de los paisajes exóticos, de las lujurias exquisitas y agotadoras, el Destino lo llevó a las misteriosas soledades de las Misiones, frente a frente a la Naturaleza virgen y hosca, y bajo el gran cielo ardiente y monótono. Claro está que el ambiente influyó de un modo visible en su obra, pero su personalidad se destaca con el mismo perfil en los cuentos finos y atormentados del primer libro, como en las últimas narraciones campesinas que han brotado de su pluma. Su horror por lo vulgar y estrepitoso, por lo demasiado común y sabido, su tendencia aristocrática hacia lo extraordinario, lo sombrío, lo desorientador, lo complicado, lo exótico, le dan, sin que quiera esto significar que lo acercan demasiado, cierto parentesco, con Poe y Baudelaire, Lorrain y Huysmans. Pertenece, por cierto, a un grupo de temperamentos en el cual está bien impreso un sello finisecular, en el que se acusa a la vez un ansia brillante por ennoblecer el arte de escribir, — doble reacción contra los fáciles entusiasmos románticos y contra la artificiosa serenidad parnasiana, — y una curiosidad que llega hasta lo enfermizo, por penetrar en los estados mórbidos de la psicología, producto de silenciosos cataclismos patológicos. En sus primeros libros, sobre todo, está clara la influencia del simbolismo francés, tan amante de la penumbra, del lenguaje velado, de la impresión a la vez indecisa y profunda. Hay en Quiroga, un temperamento de esa categoría, más inclinado a la extravagancia armoniosa que a la normalidad disonante; más a lo "épatant" que a lo común. En sus creaciones, hay siempre un sello de excepción, y hasta en sus tipos más insignificantes, una suavidad aterciopelada o una desconcertante conformación cerebral. Sus hombres, como ese dulce Narcés del primer libro, están dibujados como a través de un vitral y hacen pensar muchas veces en Carrière. Sus tragedias, como la de Recaredo y Luciano, parecen contadas por una voz lejana y desplicente que llega a nuestros oídos entrecortada y temblorosa cargada de perfumes enervantes. Hay en todo una especie de cansancio de gran señor a quien hastían los espectáculos de todos los días; una tendencia a la media tinta, a cortar los lazos que encadenan los acontecimientos para dejarlos que gesticulen aislados, como libres fantasmas. Parece expresar su credo artístico cuando pone en labios de Recaredo estas palabras: "El clasisismo había representado; el romanticismo, expresado; ellos definían. Nada más. ¡Sí!, definimos, repetía en su exaltación creciente, definimos todo lo inenarrable de esos estados intermediarios en que un simple latido, bajo cierto equilibrio de palabras, puede dar la sensación de una angustia suprema; en que las más ingenuas desviaciones de la frase, aún los rubores más inadvertidos, responden, al ser auscultados, a un acceso de sorda fiebre, de delirio restringido en el tórax..."

En "Los arrecifes de coral" hay prosa y verso. La primera, es indiscutiblemente más original de mayor mérito que el segundo. Es más humana y más bella. Sus versos son retorcidos e incomprensibles a fuerza de quererlos hacer indeterminados y sutiles; son incompletos y extravagantes. Desde entonces, al menos para el público, y que yo lo conozca, Quiroga no volvió a pecar en verso... Sus demás libros "El crimen de otro", "Historia de un amor turbio" y "Cuentos de amor de locura y de muerte", todos están en prosa. Poco a poco se va afirmando su personalidad algo indecisa y nebulosa en el primer libro, demasiado lírico. Los años y las amarguras le traen, como sedimento, una sensatez cada vez mayor. Se afirma en su arte, y se le adivina más seguro como el marino que se va familiarizando con las inmensidades que frecuenta. Pul más el estilo, no en el sentido de hacerlo más raro sino más robusto, más fácil, más cálido. Su palabra es sonora y profunda, viril en todos los tonos, aunque siempre velada por una suave humedad de misterio. No abandona por eso sus características, aquellas que le dieron renombre en nuestras letras. Desarróllense en un país imaginario, en París o en las soledades salvajes de las Misiones, se ve la misma mano trazar todas las fábulas. Sus personajes son amenudo oscuros y obran como por arte de magia, ya obedezcan a tiránicas demencias en las cuales el autor gusta hundir el escalpelo con atenta y grave curiosidad, ya pertenezcan al mundo de lo vulgar y lo común. Todos elos tienen un parentesco indefinible, un parecido familiar que hace que se sonrían frecuentemente los unos a los otros con gestos de buenos hermanos. Los hombres, caprichosos, degenerados, o rematadamente locos, o desorientadoramente simples; las mujeres, suaves discretas, consumidas por amores silenciosos que a veces estallan en huracanes imponderables; mujeres de una psicología intrincada en la que pone su sello inconfundible el sexo dominador y eterno, todos ellos pertenecen al mismo mundo, forman una humanidad aparte que palpita en un medio extraño y cabalístico en el que hacen gestos pálidos con una eleganciae suprema.

En "El crimen del otro", segundo libro de Quiroga, está hincada hondamente la garra de Poe, el gran atormentado. El cuento que da título al libro, se inspira en 'El tonel de amontillado', uno de los más impresionantes del gran yankee. El mismo Quiroga explica así el origen de su extraña aventura, toda pesadilla: "Poe era en aquella época el único autor que yo leía. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo; no había sobre la mesa un solo libro que no fuera de él. Toda mi cabeza estaba llena de Poe, como si la hubieran vaciado en el molde de Ligeia. ¡Ligeia! ¡Qué adoración tenía por ese cuento! Todos e intensamente: Valdemar, que murió siete meses respués; Dupin, en procura de la carta robada; las señoras Espenaye, desesperadas en su cuarto piso; Berenice, muerta a traición; todos, todos me eran familiares. Pero entre todos, "El Tonel de amontillado" me había seducido como una cosa íntima mía. Montresor, el Carnaval, Fortunato, me eran tan comunes que leíe ese cuento sin nombrar ya a los personajes; y, al mismo tiempo, envidiaba tanto a Poe que me hubiera dejado cortar, con gusto, la mano derecha con tal de escribir esa maravillosa intriga. Sentado en casa, en un rincón, pasé más de cuatro horas leyendo ese cuento con una fruición en que entraba sin duda mucho de adverso para Fortunato. Dominaba "todo" el cuento, pero todo, todo, todo. Ni una sonrisa por ahí, ni una premura en Fortunato se ecapaba a mi perspicacia". La repetición de la trama ideada por Poe, con la ayuda de un personaje que se llama Fortunato también forma toda la narración. Es un caso de sugestión imitativa irresistible en un cerebro débil o enfermo, totalmente ocupado por una idea fija que absorbe toda su actividad. "Una vez en la cama no me moví pensando con los ojos abiertos. En efecto, mi idea era esta: hacer con Fortunato lo que Poe hizo con Fortunato. Emborracharlo, llevarlo a la cueva, con cualquier pretexto, reirse como un loco... ¡Qué luminoso momento había tenido! Los disfraces, los mismos nombres. Y el endemoniado gorro de cascabeles!... Sobre todo, ¡qué facilidad! Y por último un hallazgo divino: como Fortunato estaba loco no tenía necesidad de emborracharlo..." Esa obsesión por los dementes, no ha inspirado a Quiroga ese cuento solo. En el mismo libro aparecen en "La justa proporción de las cosas", un maniático del orden en el tráfico y en la "Historia de un amor turbio" figura ese cuento "Los perseguidos", extraña odisea de Lucas Díaz Velez, además de aquel suave Narcés que sonríe en el primer libro. No es, exclusivamente, en los casos psiquiátricos en donde va a buscar Quiroga el vino fuerte, la excitación profunda, el escalofrío del terror o del miedo, el aletazo brusco de la tragedia. Combina tramas inverosímiles, historias fantásticas atravesadas por alucinaciones morbosas. En "Idilio", cuenta la historia de un amor, — el macho fuerte e imperativo, la mujer débil, femenina, — entre dos mendigos que tienden su lecho en un rincón húmedo de un caserón inconcluso y feo. En "El 2.o y 8.o número", los protagonistas son acróbatas: "él era en resumidas cuentas, un artista de circo y ella, no tenía familia alguna". La escena se desarrolla entre brutaliddes y golpes, celos y crueldades. La historia de "Estilicón", es la de un gorila enamorado de una mujer. Como si la imaginación no le diera bastante. Quiroga se deja tentar por los paraísos artificiales y después de haber fumado una pipa de opio, sin efecto alguno, bebe "hastchich", sin otro resultado que una atroz pesadilla y algunos desarreglos fisiológicos producidos por la infame droga. En todo lo cual se nota que en Quiroga no sólo se impone el temperamento sino también la voluntad en la elección de las fábulas. Busca siempre lo excepcional, lo detonante, la estupefacciente, y de él podría decirse lo de Baudelaire sobre el poeta norteamericano: "Los personajes de Poe, o más bien, el personaje de Poe, el hombre de facultades sobreagudas, el hombre cuya voluntad ardiente y paciente arroja un desafío a las dificultades, aquel cuya mirada está tendida con la rigidez de una espada sobre los objetos que se agrandan a medida que los mira, son Poe mismo". En las obras de Quiroga está siempre él mismo sin abandonar ni un momento a sus personajes. Por eso es que, sobre todo, en esa época, la obra de Quiroga es poco variada, algo monótona, a veces pesada. A fuerza de querer apartarse de la realidad, nos ofrece cuadros que en ocasiones tienen menos interés que la realidad misma. Y no consigue imponerlos del todo apesar de su indiscutible encanto, por lo que tienen de inverosímiles, de artificiales y de brumosos.

En su tercer libro, "Historia de un amor turbio", Quiroga ha querido justificar una novela con una trama demasiado igual y simple. Ahí no hay material sino para un cuento, para uno de esos cuentos sobrios y deliciosos del género de "Rea Silvia" y "Corto poema de María Angélica", llenos de vida y frescura. La historia de un amor al que hacen desgraciado e imposible los celos está hecha con una penetración finísima, con una verdad admirable. Pero es demasiado larga y hay escenas que se arrastran llenas de languidez, en las cuales el autor exagera el análisis sin otro efecto que prolongarlo innecesariamente. Por otra parte, Quiroga no insistió después de este ensayo y volvió a sus narraciones breves e impresionantes en las cuales se desenvuelve con insuperable facilidad. Pero a esta altura no había encontrado todavía su originalidad. Hay en su obra, hasta aquí, — sin que por ello pierda una sola partícula de su indiscutible mérito, — la huella viva de la orientación de un credo artístico, limitador como todos los credos, o la presencia de algún temperamento genial que lo ha conquistado con su singular potencia sugestiva, a la cual no le fué fácil resistir.

Con "Cuentos de amor, de locura y de muerte", — 1917 — aparece la obra definitiva de Quiroga. Toda su labor anterior da la impresión de quien sube una montaña. Ahora, se encuentra ya en la cumbre, sólidamente instalado. Una circunstancia de su vida, la ha trasmutado, influyendo el episodio en el carácter de su producción literaria. Una prueba más en apoyo de las observaciones de Saint Beuve y Taine. Algunos de los cuentos de este libro son todavía de la época anterior, sino en el tiempo por lo menos en la sustancia: "El infierno artificial".

Tomamos del libro "Opiniones literarias' 'del Sr. Alberto Lasplaces, este juicio sobre Horacio Quiroga escrito hace unos años y que si no abarca el estudio de la totalidad de la obra de nuestro ilustre compatriota se refiere a sus dos características más destacadas, las cuales no se modificaron en los volúmenes posteriores hasta el último, "Más allá", aparecido hace aproximadamente un año.



"La gallina degollada", "Los buques suicidantes", "El almohadón de plumas". Destaco de entre ellos, "Una estación de amor" y "La muerte de Isolda", dos de las tramas más simples y más bellas que ha desenvuelto Quiroga. Hay en las dos, no sólo una habilidad narrativa a que llegan únicamente los maestros en el difícil género del cuento, sino que las estremece un hálito de pasión, de inocencia, de cordial emoción que conquista y que a su vez, emociona. ¿Ha sido protagonista el autor de ambas tragedias sentimentales? No podemos ni siquiera sospecharlo, el análisis está hecho en una forma tan completa, que bien lo parece. Pocas veces Quiroga ha leído más claramente en las almas agitadas por oscuros designios, víctimas de fuerzas imponderables. Pocas veces la acción ha sido más interesante, más movida, más regular. Pocas veces ha encontrado la frase más oportuna, la palabra más exacta y más representativa. Además, son dos historias, arrancadas sin fuerza a la realidad; escenas sin desviaciones imaginativas, sin audaces fantaseos, sin espantables profundidades psico-patológicas. Pequeñas obras maestras de honradez artística.

Pero, donde a mi parecer está lo mejor del libro y, por lo tanto, de toda la obra de Quiroga, es en los cuentos cuyos argumentos se desarrollan en el país abrasado de las Misiones argentinas. Los nueve años que vivió en aquel ambiente han cuajado en sabrosos y bien maduros frutos literarios. Quiroga mismo lo reconoce cuando escribe: "de lo que más me enorgullezco en esta vida es de mis correrías por el bosque en donde he tenido que arreglármelas yo solo. Y desde luego, son las narraciones de monte las que me agradan más ". La larga estadía en aquella tierra aplastada por un sol tórrido, minada por víboras venenosas, cuyas llanuras interminables y bosques espesos, atraviesan ríos vastos y potentes, lo limpia poco a poco de la extravagancia, de la obsesión del tema detonante, patológico o fantástico, y es la Naturaleza la que empapa ahora su tinta y afila su pluma. Pero es una Naturaleza excepcional, misteriosa, traicionera, llena de peligros oscuros y de acechanzas desconocidas, áspera y primitiva, rugiente e inhospitalaria. Quiroga — escritor hasta el momento, puramente subgetivo, — se revela un fuerte pintor capaz de interpretar vastos panoramas. Su pupila vigilante y observadora, a pesar de los párpados adormilados y caídos que se adivinan, no deja escapar ninguna línea sustancial, no apaga ningún tono imprescindible. Y así trasmite íntegra su visión, con toda su grandeza y su encanto. No resisto a citar estos párrafos de su cuento "Yaguaí" que dan una idea exacta de su manera; describen una seca: "La sequedad del aire llevaba a beber al fox - terrier cada media hora, debiendo entonces luchar con las avispas y las abejas qué invadían los baldes, muertas de sed. Las gallinas, con las alas en tierra, gemían tendidas a la triple sombra de los bananos, la glorieta y la enredadera de flor roja, sin atreverse a dar un paso sobre la arena abrasada y bajo un sol que mataba instantáneamente a las hormigas rubias. Alrededor, cuanto abarcaban los ojos del fox-terrier, los bloques de hierro, el pedregullo volcánico, el monte mismo, danzaban mareados de calor. Al oeste, en el fondo del valle boscoso, hundido en la depresión de la doble sierra, el Paraná yacía, muerto a esa hora en su agua de zinc, esperando la caída de la tarde para revivir. La atmósfera, entonces, ligeramente ahumada hasta esa hora, se velaba al horizonte, en denso vapor, tras el cual el sol, cayendo sobre el río, sosteníase asfixiado en perpetuo círculo de sangre. Y mientras el viento cesaba por completo y en el aire aún abrasado Yaguaí arrastraba por la meseta su diminuta mancha blanca, las palmeras, recortándose inmóviles sobre el río cuajado en rubí, infundían en el paisaje una sensación de lujoso y sombrío oasis".



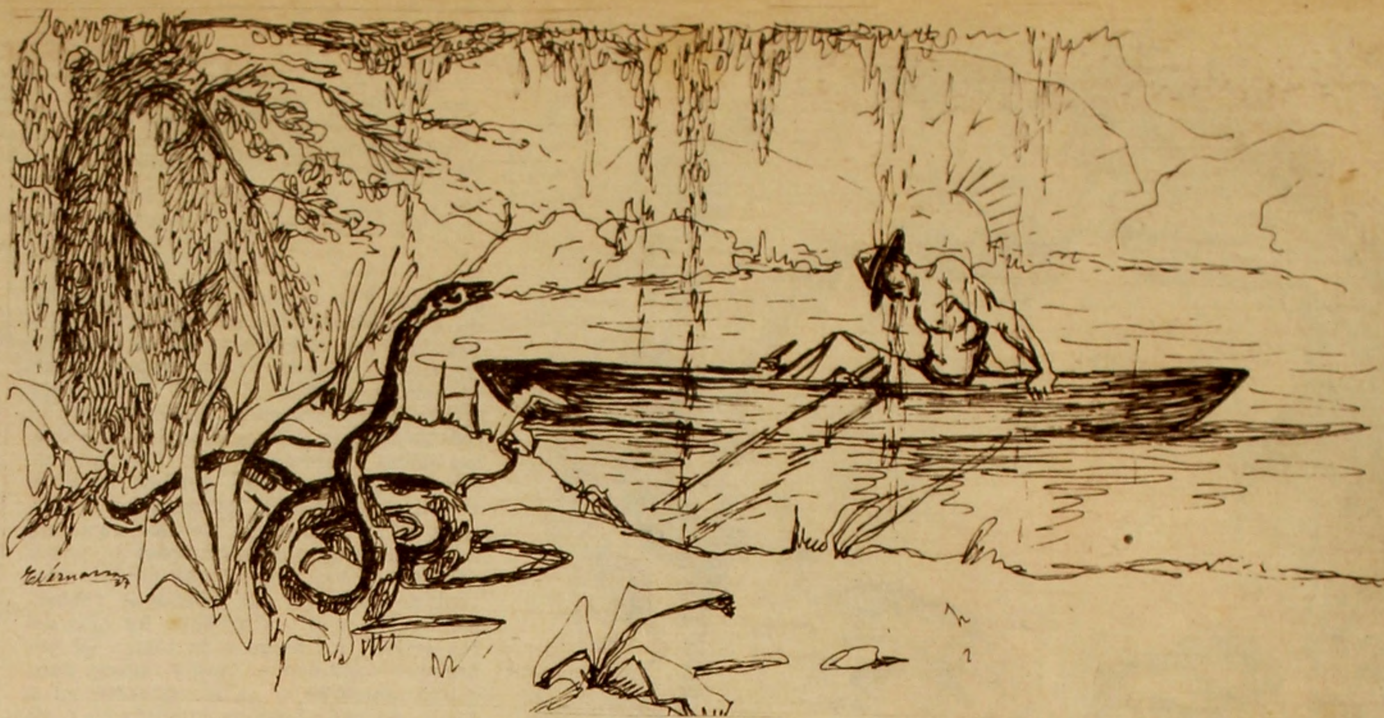
He ahí la opulencia de esa naturaleza extraña, a la cual nos imaginamos con mucha dificultad desde la suavidad casi monótona de nuestros climas templados. Quiroga la describe bien, a amplias pinceladas, como corresponde al áspero y robusto conquistador de la selva, discípulo dinámico del geométrico Roosevelt. La soledad, la grandeza de lo que lo rodea, la exacta comprensión del propio esfuerzo en lucha con la hostilidad salvaje del medio, han bronceado su piel y su espíritu, han dado salud a sus nervios y a sus músculos. No es otro, no: es el mismo. Sus cualidades de escritor son idénticas en el primero como en el último libro. Pero ya no parece amar los viejos y amables divanes, ni los laberínticos procesos mentales, ni las horripilantes fantasmagorías de la locura. De la curiosa mirada a lo que lo rodea llena sus arcas de vida palpitante. Un inglés flemático y prolongado y unos cuantos peones silenciosos y fatalistas. Con esos elementos no puede permitirse el placer de largas disecciones psicológicas, ni el estudio de exóticas morbosidades tan queridas a su poderosa imaginación. Lo raro está en que el hombre, que en las anteriores narraciones de Quiroga es el centro de la acción, en estos nuevos cuentos no parece ser sino un personaje secundario. La mayor parte de las veces va y viene como a través de una niebla, sin que se alcancen a oír bien claramente sus pasos. Débil ante la magnitud de lo que lo rodea, ante los peligros que lo acechan, adquiere una especie de resignación que lo hace aceptar con protesta todos los fallos, con algo de musulmán o de indú. Su voluntad no es ya un impulso al que nada resiste, y desaparece entre las fuerzas que lo rodean no como un ser que se impone a todo, sino como una simple vida más. La existencia se simplifica y como en las cosmogonías primitivas, todo cae bajo el dominio de uno de los dos demiurgos en que se reparte el poder: Jehovah y Luzbel, Ormuz o Arimán, Vischú o Siva, Tupá o Añang. No hay transiciones, y como la muerte amaga a cada paso, la mente en perpetua tensión siente un irresistible impulso a explicar los misterios sustanciales por medio de símbolos planos, desprovistos de toda complicación. No en vano los sistemas religiosos monoteistas, han brotado como un nuevo y formidable árbol de entre las selvas equinociales, aplastadas bajo el rayo implacable del gran astro. El hombre solo, frente a la naturaleza hostil e impresionante, parece necesitar del apoyo de la divinidad, — el buen genio, — para vencer a lo que se opone a sus designios, — el mal espíritu. — Sobre esta concepción simplista e ingenua como una línea recta, — sincero impulso del corazón humano, — se han levantado después tantos absurdos y pretenciosos edificios de inaguantables teologías.

Quiroga ha llegado ya a la madurez plena de su talento. Lo dice con toda elocuencia el fruto sabroso de "Cuentos de amor, de locura y de muerte". Desde ese tomo para el cual, muy justamente, la crítica del Río de la Plata no tuvo sino cálidos elogios, no ha dado a la imprenta ningún otro libro de la misma clase, aun cuando ha publicado después de su aparición una porción de cuentos por el estilo, que bien pueden darle materiales para otro volumen. Vuelto a Buenos Aires, en donde reside desde hace algunos años, no ha olvidado el encanto áspero de la selva profunda cuyos misterios tan bien conoce y tanto ama. A la originalidad de su inteligencia se amolda perfectamente la originalidad del país que se refleja en sus cuadros sobrios y extraños, que desorientan un poco nuestro criterio de irreductibles gustadores de los placeres de las grandes urbes europeizadas de nuestra América meridional. Por eso sus libros últimos serán los más leídos por los públicos cultos de las ciudades, y su fama no tendrá nada de común con la de los que pintan el campo y las costumbres de sus habitantes, de un modo fotográfico. Sus paisajes son siempre paisajes de ensueño, y sus personajes, aun los más humildes e insignificantes, están ennoblecidos por una suave distinción que los hace únicos y encantadores. Y Quiroga será siempre un señor desdeñoso de las cosas comunes y un infatigable Simbad, en busca siempre de horizontes maravillosos, decorados sobre el azul intenso del cielo y del mar por vastas sinfonías de colores.

dibujo

de

Vernazza



A LA DERIVA

Cuento de HORACIO QUIROGA.

El hombre pisó algo blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento, vió una yararacusú que arrollada sobre sí misma esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vió la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de plano, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violeta, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que como relámpagos habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho, y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La red lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor. —¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo.— ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana.

El hombre tragó uno tras otro dos vasos. pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo —murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en contínuos relampagueos, y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río, pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente dolorido. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo.— En el silencio de la selva no se oyó un sólo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semi-tendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex-patrón mister Dougald ,y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex-patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Deseado, un viernes santo... ?Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.

CINE



"EL DEMONIO ES UN POBRE DIABLO"



EL DEMONIO ES UN POBRE DIABLO

Entre las diez mejores producciones estrenada en E. E. U. U. figura este film de Van Dyke, que ha estrenado con éxito el Cine Metro y que reune por primera vez a los tres astros infantiles, Freddie Bartholomew, Mickey Rooney y Jackie Cooper.

SAN FRANCISCO

Un film espectacular, con escenas del terremoto de San Francisco, evocado en soberbias reconstrucciones, con Jeanette Mac Donald y Clark Gable será estrenado próximamente en Cine Metro.



PARTE ARENOSA, CON ARENA GRUESA QUE LA HACE ESPECIAL PARA LA ALBAÑILERIA

EL AGUA DE LA LAGUNA TIENE UN ASPECTO NEGRUZCO, DE LA QUE SIN DUDA LE DERIVA EL NOMBRE

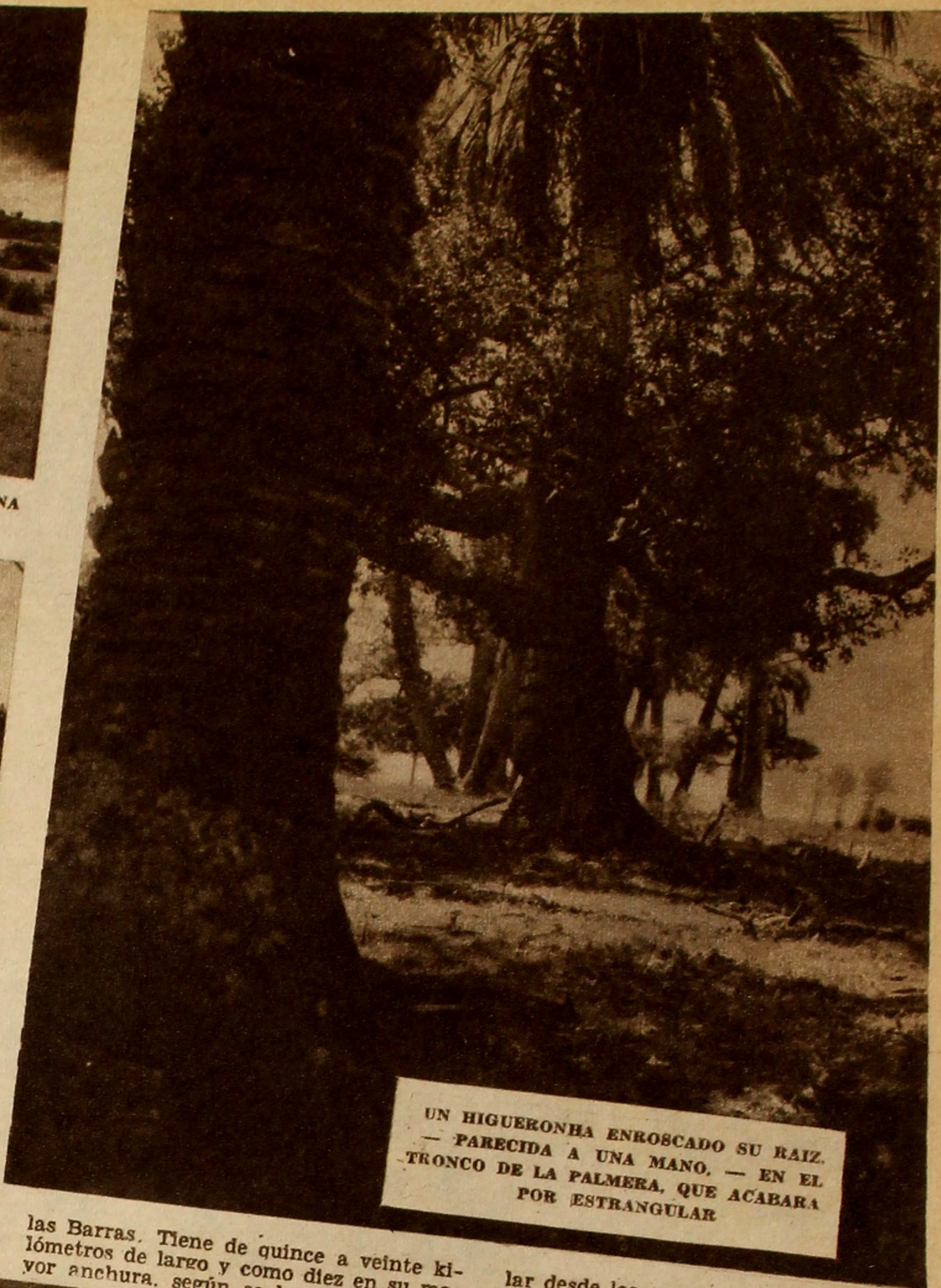




PAISAJE COSTERO A LA LAGUNA



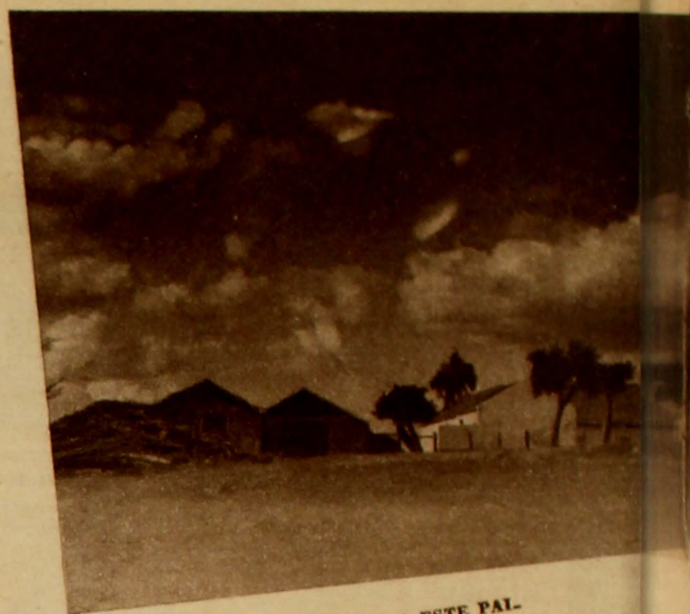
TRANSPORTANDO LEÑA. ADVIERTASE LA BELLEZA DE LA MUCHACHA A CABALLO



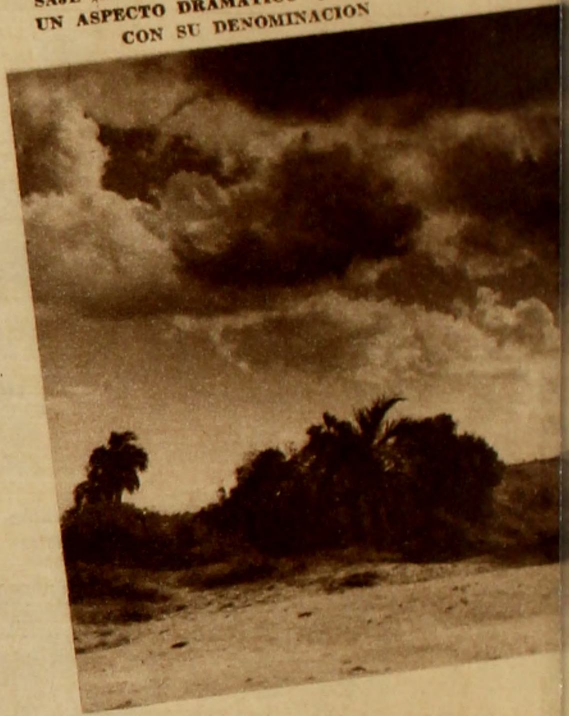
UN HIGUERONHA ENROSCADO SU RAIZ — PARECIDA A UNA MANO, — EN EL TRONCO DE LA PALMERA, QUE ACABARA POR ESTRANGULAR

ESTE gran depósito, llamado también Laguna de los Difuntos, se halla comprendido en la vertiente del lago Merin. Comunica muy directamente con la Laguna del Bicho, por sangraderos casi obstruídos por el fango y denominados de las Barras. Tiene de quince a veinte kilómetros de largo y como diez en su mayor anchura, según se ha podido calcular desde los campos situados en su ribera oriental, que son los únicos limpios de los que la rodean. Tampoco se ha nave-

RIBERA PEDREGOSA DE LA LAGUNA NEGRA, EN LA QUE ABUNDAN ALIMANAS Y CRUCERAS



EL CIELO TORMENTOSO DA A ESTE PAISAJE DE LA LAGUNA D LOS DIFUNTOS UN ASPECTO DRAMATICO QUE CONDICE CON SU DENOMINACION



LAGUNA

LAS PALMAS, ABUNDANTES EN ESTA REGION, BORDEAN LA LAGUNA

OTRO ASPECO ROCOSO DE LA RIBERA

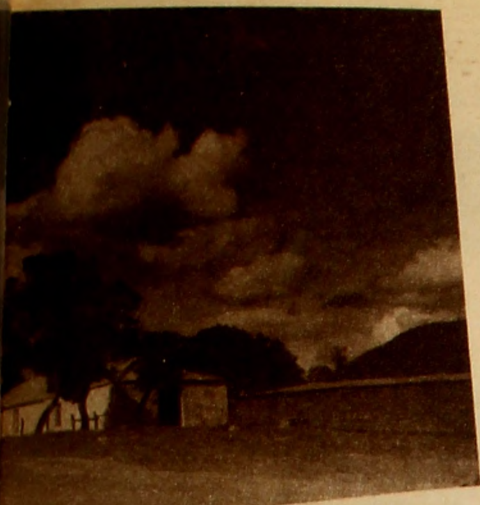




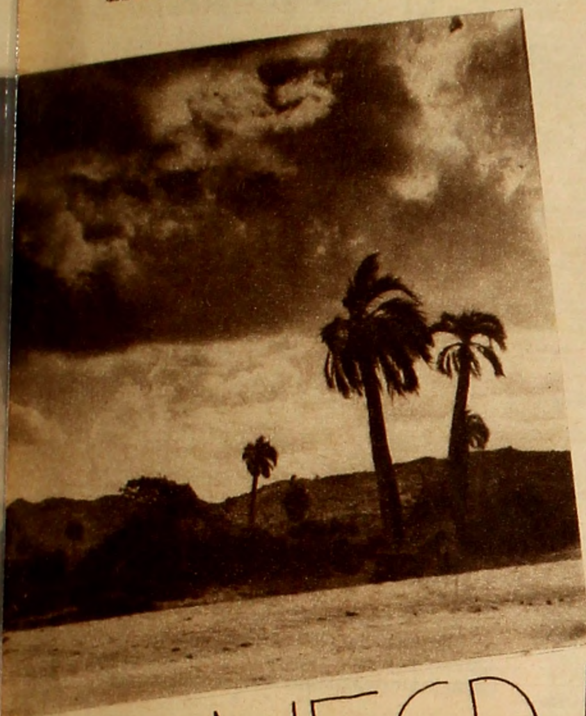
CARACTERISTICA DEL PAISAJE EN LAS PROXIMIDADES DE LA LAGUNA

EN LOS PALMAR... APARICION DE P... VESTRES, QUE ...





ESTANCIA RUBIO, EN CUYA PROPIEDAD ESTA LA LAGUNA NEGRA



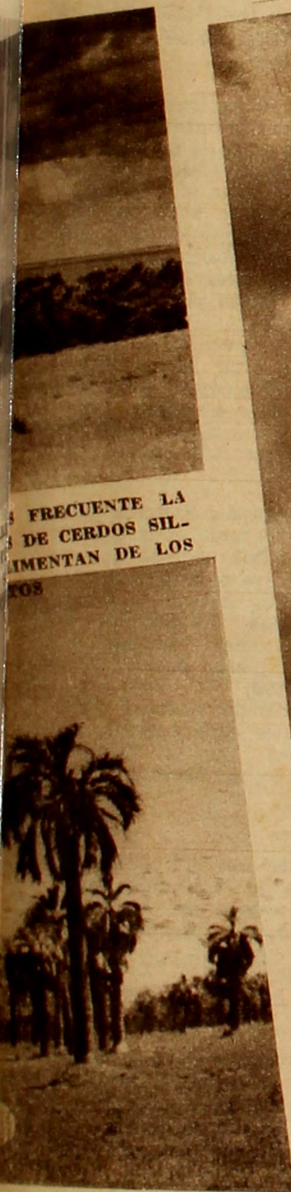


NEGRA

gado en este lago, que se ignora su fondo, pero puede asegurarse que es más profundo que cualquiera otro del Departamento de Rocha, en que está situado. El fondo, según se dice, no pasa de cuatro metros y los bancos constituídos por la arena que vuela del mar, son cada día más abundantes.

El nombre de los Difuntos le viene del cerro que se extiende de las faldas de esa montaña en dirección a Santa Teresa, denominación tomadá por haberse descubierto en él algunos esqueletos de indios en diferentes cuevas de poca profundidad, hacia su cima. Se hallaron también al lado de ellos cascos de barro de los minuanes.

En los palmares que rodean este lago, de belleza panorámica extraordinaria, abundan los cerdos silvestres, utilizados industrialmente.



...S FRECUENTE LA ...S DE CERDOS SIL-...LIMENTAN DE LOS ...TOS

EN SEGUNDO TERMINO DE ESTA FOTOGRAFIA APARECE LA EXTENSION DE LA LAGUNA, DE LA QUE NO SE ADVIRTE LA OTRA ORILLA

CURIOSA PROPAGANDA DE UN TORERO CÉLEBRE.

LEI, tiempo hace ya, en cierta revista española cuyo nombre se me escapa, que estaban próximas a publicarse unas memorias autobiográficas de Manuel Domnguez, aquel famoso matador de toros que fué sobrenombrado "Desperdicios".

Importaba esa noticia presumir, legítimamente, que la copiosa colección de cartas de puño y letra de Don Manuel, poseída por Aurelio Ramírez, viejo amigo del diestro y redactor de un periódico tausino de Málaga, no estaba perdida para siempre según la difundida creencia corriente

Interesado por la nueva, mantúveme alerta a espera del libro, pero el libro no apareció nunca, que yo haya sabido al menos.

El epistolario del torero, conservado por Ramírez arrancaba del año 1836, año en que Domínguez embarcó para Montevideo con su cuadrilla, debiendo contener — y hay indicios de ello — el relato fresco y veraz de sus 16 largos años de aventuras americanas cuyo teatro fueron el Uruguay y la Argentina, con el breve paréntesis de unos cuantos meses brasileños.

Tratábase, por lo demás, no solo de las movidas andanzas de un personaje llamado luego a la celebridad, sino de la vida interesante de un hombre altamente simpático en sí, aún para quienes — como el que escribe — compartan el áspero juicio del Cantor del Niágara sobre las corridas de toros:

¡Espectáculo atroz, mengua de España!

* * *

Cuando, el 6 de abril de 1886, falleció en Sevilla, septuagenario y después de sufrir una prolongada dolencia, el primer espada Manuel Domínguez, nadie, ni aún en los mismos círculos de la afición donde era corriente discutirle y regatearle méritos, nadie se atrevió a negar que "Desperdicios" era el único gran torero sobreviviente de la escuela clásica, el toreo serio de la escuela de Ronda.

Su popularidad llegó a ser inmensa.

En 1857, en la plaza del Puerto de Santa María, el toro llamado Barabás (célebre por esta hazaña) volteó a Domínguez junto a la barrera y enganchándolo con el cuerno por la mandíbula, lo paseó de ese modo por medio redondel.

Penetrando debajo del maxilar, el asta interesó la pared orbitaria inferior vaciándole el ojo derecho.

La ansiedad de los aficionados ante el horrible suceso, legó a tal punto que en Madrid — ni más ni menos que si se tratara de un rey — fué necesario fijar diariamente dos boletines médicos en la puerta del Café de la Iberia.

Definitivos y precisos los caracteres que distinguían a Domínguez como torero, no lo eran menos los que lo diferenciaban, como hombre, del corriente de sus colegas: un modo de ser lleno de hidalguía, circunspecto, formal, y con mucho don de gentes.

Habiendo empezado a torear de afición, por imposiciones de la vida, se hizo luego torero por raciocinio.

Iniciado en la lidia de reses bravas fué el honor superponiéndose al mismo valor, que era tan grande, el que le hizo perseverar en la ruta.

Pundonoroso y valiente lo era hasta el pasmo.

En la plaza — bien lo sabían todos — nunca toleró de nadie indicaciones ni consejos.

Una vez el gran banderillero Lillo, se atrevió a deslizarle en el momento que cuadraba un toro:

—Ahora, señó Manuel!



MANUEL DOMINGUEZ, GRABADO SOBRE FOTOGRAFIA, TOMADA ANTES DE RETIRARSE DEL TOREO, CUANDO YA HABIA PERDIDO EL OJO DERECHO

Dominguez, volviéndose en el acto hacia el banderillero y alargándole la muleta y la espada, le dijo:

—Toma, matalo tú!

Toreando en Cádiz — tuerto ya entonces — otro diestro, Gil, como viera que Desperdicios preparábase a recibir a un toro humillado, le observó:

—No lo cite Vd. así Don Manuel, que se lo come a Vd.

—Cuando a Vd. le toque, Don Gil — fué la respuesta — mata Vd. sus toros como pueda y a mi me deja en paz!

Y recibiendo el toro, fué volteado y alcanzado de una cornada en el muslo que lo tuvo inutilizado varios meses.

* * *

Tal era el hombre que, a los veinte años "alto, de formas correctas, musculoso, de temperamento sanguíneo y dulce en el decir", embarcábase para Montevideo, a fines de 1836, al frente de una elegida cuadrilla.

Poco antes, el 26 de setiembre y luego de trabajar de banderillero había recibido la alternativa en Zafra.

Constituían la cuadrilla seis hombres nada más, pero a cual de ellos más adicto y fiel al primer espada.

Dos picadores: Luis Luque y Carlos Puerto; tres banderilleros Francisco Carnero, Francisco Botija y otro de apellido Torrecilla y un excelente segundo espada Manuel Macias, particular amigo de Domínguez.

Andaluz al fin — había nacido en Gelves el 27 de febrero de 1806, animaba al torero sobre el propósito natural de tentar fortuna, la vana esperanza de crear en América (¡horno destinado a fusionar hombres de todas partes del mundo!) una verdadera afición taurina, tan entusiasta como la peninsular sobre la base de exhibir cuadrillas calificadas, completamente distintas de las habituales, conjuntos de toreros mediocres, cuando no jactanciosos o charlatanes desconocidos.

Una vez en América y así que hubo penetrado un poco el modo de sentir de las gentes, nació en Domínguez otro propósito digno de su temperamento meridional e hidalgo, y que configura la faceta interesantísima de su vida de diez y seis años en estos países.

Enhebró el diestro en el hilo de una dirección derecha y firme el noble y patriótico propósito — un tanto ilusorio si se quiere — de reconciliar americanos y españoles, cuando frescos estaban todavía, en carne viva, los odios y las heridas de las gueras de la emancipación, apenas concluídas.

Hablar de España, contar a las gentes — a las de campo mejor — como era España, mostrar el fondo del alma española, borrando de los espíritus todo rastro de ofensa, y alejando cualquier origen de adversión, fué en Domínguez pensamiento y quehacer de todas las horas y el verdadero eje de su vida rioplatense.

"Mensajero civil de su patria", lo llamó alguno por este motivo. "Precursor del hispano americanismo actual" dijo otro.

* * *

Labor oscura y difícil la de seguir al matador de toros en sus años criollos de tan varia y movimentada actividad y a lo largo de los cuales había sido además de torero, soldado, peón de salazón, carrero, tropero, capataz de estancia.

Solo existen para seguir el rastro noticias biográficas suscintas (que por lo general se repiten siempre) crónicas peridísticas retrospectivas, recuerdos y anécdotas conservados entre la afición, escasísimas referencias testificales de primera mano, y todo esto de procedencia española.

En nuestras repúblicas, seguramente, han de existir noticias y datos referidos a Manuel Domínguez entre el material de los archivos, como por ejemplo, pasaportes ,oficios de policía, listas militares, solicitudes, permisos y hasta sumarios criminales y, de seguro también alguien con más suerte que yo, que nunca puede encontrar ninguno, les pondrá la mano encima cualquier día antes sin buscarlos que yendo tras de ellos.

Los papeles públicos pacatos e insulsos nada son capaces de decir fuera del sacramental anuncio de las corridas dominicales o de la mención — inserta por milagro — de que llegó una nueva cuadrilla o de que un torero resultó corneado de gravedad.

Crónica — digna de ser llamada así — y crónica viva, existe nada más que en las "Toraidas", pequeños poemas que en número de diez y nueve compuso nuestro fecundo vate Francisco Acuña de Figueroa, y de los cuales doce van incluídos en el tomo 2.o de la Antología Epigramática (4.o de sus Obras Completas. Edición principal, Montevideo. 1890).

Verdaderos apuntes del natural, rimados al final mismo de cada corrdia, con observación perspicaz por un taurófilo entusiasta y entendido, las Toraidas aportan material copioso.

Por lo pronto ellas son la crónica exclusiva de los éxitos de Domínguez en la plaza de Montevideo, sin que Acuña de Figueroa le escatime su autorizado elogio.

En la Toraida Romántica — fácil y erudita versada — habla del diestro en términos rotundos:

Mas tu heroico Dominguez, de mil suertes
Ganando a cada lance honor y palma
Robas la admiración y nos diviertes
Pues tu de la función eres el alma.
Do quiera acudes que el peligro adviertes,

Que no sufre tu ardor ociosa calma:
Deja, pues, que las ninfas de Helicona
Te presenten mi taúrica corona.

En otra:

¡Honor a Domínguez!
Pronuncia un acento:
Ninguno a su aliento
Jamás excedió.

Y en la Toraida Técnico Jocosa:

Al toro un destronque
Causó de repente
Domínguez valiente
Que vale un Perú...

La revolución encabezada por el general Rivera contra el presidente Oribe, tomando gran cuerpo, puso término a la temporada y Domínguez y sus hombres, españoles sin cónsul y sin derechos, hubieron de enrolarse en las filas del gobierno, de grado o de fuerza, y salir a pelear a los riveristas.

Ya entonces la cuadrilla había sufrido su primera baja con la desaparición del banderillero Torrecilla, (ag) "Golondrina", muerto en un incidente personal de resultas de una pedrada en la cabeza

Acuña con su extraordinario desenfado habitual y como si se tratase de la cosa más baladí invoca en una Toraida al infeliz finado para enderezarle este retruécano:

¡Oí tu, Torrecilla! a quien
Cual mísera golondrina
Birló la parca mezquina
Con un cantazo en la sien.
Hiende las auras y ven:
Entre aplauso general,
Hazle un quiebro al animal
Al "trascuerno", y de esta suerte,
Si "un canto" te dió la muerte
Mi canto te hará inmortal.

Se batió por Frutos Rivero (sic.) en Montevideo registra una revista.

Mejor informado un diario sevillano, al dar la noticia del fallecimiento del diestro, se expresa en estos términos:

"Cuando ya contaba con grandes simpatías y muchos amigos estalló la guerra civil en aquel Estado, y tomando las armas peleó en defensa de su buen amigo Oribe.

"Pasó allí, continúa diciendo, más amarguras y sinsabores que los que pudieran imaginarse; perseguido y sin recursos en país remoto y extranjero, hubiera perecido si su grandeza de ánimo no se hubiera superpuesto a todo".

"Por su desgracia — escribe otro biógrafo — habían tomado el partido de Oribe que resultó vencido y tras la derrota emigraron.

"Suerte fué que entre la impedimenta del grupo revolucionario fugitivo(en verdad tratábase de gubernistas) pudieron salvar los toreros guerrileros los trastes de torear, los estoques, cachetes y lanzas de los rehiletes".

Seguramente Domínguez y los suyos ganaron el Brasil y, tomando las fechas un poco al tanteo, como quien dice, cabe inferir que fué después de la batalla del Palmar, desastrosa para el ejército de Oribe, en Junio de 1838.

En larga peregrinación, cuéntase, pudieron llegar a Río Janeiro atravesando enormes extensiones desiertas.

Manifiesto es el error o la exageración enorme, cuando menos, al hablar de una marcha, a campo traviesa, desde la línea fronteriza uruguayo-riograndense hasta Río Janeiro.

Largo ambular por la frontera, contramarchas y andanzas sin rumbo hasta llegar a alguna ciudad y de allí a un puerto, como Río Grande, ayudándose con algunas corridas improvisadas en las plazas de los pueblos, es posible.

Luego seguirían embarcados a la capital carioca, con escala en Sta. Catalina

En río Janeiro se estaban programando las fiestas de la coronación de Pedro II fijada para el 18 de Julio de 1841.

Llegaban a tiempo. Varias corridas, pagadas largamente, entraron en la serie de los festejos oficiales y, al concluir éstos cada uno de los toreros hallóse en condiciones de regresar a España con un buen puñado de monedas de oro

Pero Domínguez no quiso volver a la patria, cada vez más afirmado en aquella especie de misión de propaganda que se había impuesto pero que el destino cruzaba, y como su influencia sobre los compañeros conservabase intacta — nada pudieron las instancias de Puerto, el picador, empeñado sobre todos en el regreso, y la cuadrilla tomó pasaje para Buenos Aires.

Contaba en la capital argentina con amigos que le gestionarían del Restaurador la licencia necesaria para lidiar toros, pero las instancias llamadas a resultar infructuosas demoraron tanto que, antes que el trámite se había concluído toda la plata ganada en Río Janeiro y era necesario vivir.

"Entonces — frase de periodista español hablando de nuestras cosas "en cubano" —Domínguez se hizo guajiro"; — que es como decir campesino blanco, hombre de campo. Ningún camino más trillado tratándose de toreros, ni más propio para adelantar, tampoco.

Pronto ninguna de las faenas campesinas le fué agena: mas aún, dícese que Domínguez asombró a los paisanos con sus "trabajos a pié".

Hecho al medio, su seriedad y su honradez lo señalaron para un cargo de confianza y marchó al sur de la provincia de Buenos Aires como capataz de una de aquellas inmensas estancias fronterizas con el Desierto, bajo la amenaza permanente del malon.

Fincaba la hacienda en el partido del Tandil y junto con Don Manuel fueron dos o tres de sus toreros.

La vida, allá, tenía mucho de la vida del campamento y del fortín. Desperdicios impuso a sus peonadas una especial disciplna de guerra, peleando bravamente cuando llegaba el momento de dar cara o yendo adelante de todos en la persecusión rumbo a los toldos.

En uno de estos choques con la indiada, durante una expedición a Chapaleofú, quedó muerto en el campo el espada Macías, el amigo íntimo de Domínguez, anotando así la segunda baja en la cuadrilla, trágica como la primera, de Torrecilla y trágica como la última, que sería la de Luis Luque, muerto de una cornada casi en seguida de regresar a España.

Comerciante después y más tarde tropero... "para ganar más dinero haciendo producir más a la finca, tuvo que organizar el envío de frutos y seres a Buenos Aires".

En alguna de estas actividades Don Manuel el Bueno, como dicen que lo llamaba la gente, participó en una pelea, matando a un peón.

"Los semi-salvajes gauchos le hicieron pasar malos ratos hasta el punto de tener que pelear seriamente con uno de los subordinados que pretendió imponérsele, viéndose en la necesidad de darle muerte".

"No obstante no haber provocado el lance — prosigue la noticia — y obrar en justa y legítima defensa lo hubiera pasado muy mal a no ser por la benéfica influencia del General Rosas".

Esta influencia directa del Tirano hace suponer que el suceso hubiera ocurrido en las cercanías de Buenos Aires o en Buenos Aires mismo, en alguno de sus viajes con carretas.

Al pronunciarse Urquiza contra la dominación rosista el 1.o de Mayo de 1851. Domínguez y sus toreros vuelven a ser tomados para el servicio militar.

¿En qué cuerpo, regimiento o division hubieron de ser enrolados?

Fuera en uno o en otro, lo positivo es que les tocó pelear en Caseros, cayendo prisioneros de las fuerzas entrerrianas.

La misma noche del 3 de Febrero, consiguieron escapar.

Estando a lo que contaba Domínguez se propaló entre los prisioneros la voz de que a la mañana siguiente serían pasados a degüello, terrible anuncio que los indujo a jugarse el todo por el todo.

A poco de este episodio la vida rioplatense de Don Manuel el Bueno toca a su fin: se da por vencida en América.

Sin más dinero que el justo para el viaje, embárcase con sus hombres restantes (notable ejemplo de adhesión personal), para llegar a España al comenzar el año 1853.



MANUEL DOMINGUEZ. FOTOGRAFIA HECHA EN 1885, AL AÑO DE VOLVER DE MONTEVIDEO

Ahora domínale el deseo de reanudar su carrera de torero, y la reanudará, hasta alternar con Cúchares y con Julián Casas, triunfando y cobrando nombre suficiente para traspasar las fronteras de la fama y seguir viviendo en la vida de la enécdota.

Pero de esta nueva etapa, la principal etapa de su vida, me desintereso automáticamente, por que el Dominguez que me llama es el "Don Manuel el Bueno", de nuestras tierras, y no "el señó Manuel" de las plazas de toros peninsulares

VISTAS AEREAS



VISTA DE LA ADUANA Y LA EXPLANADA DE PUERTO NUEVO. SE DESTCA A LA DERECHA EL EDIFICIO DEL BANCO DE LA REPUBLICA

BARRIO DE LA CIUDAD VIEJA. A LA IZQUIERDA EL BANCO DE LA REPUBLICA

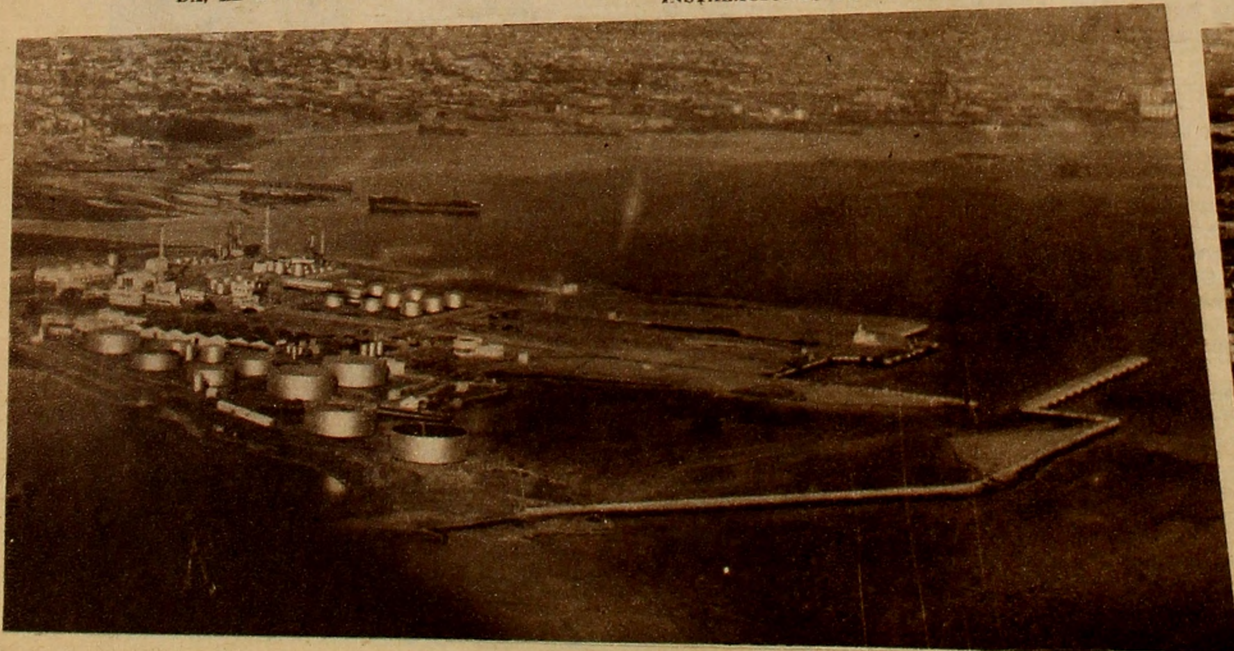


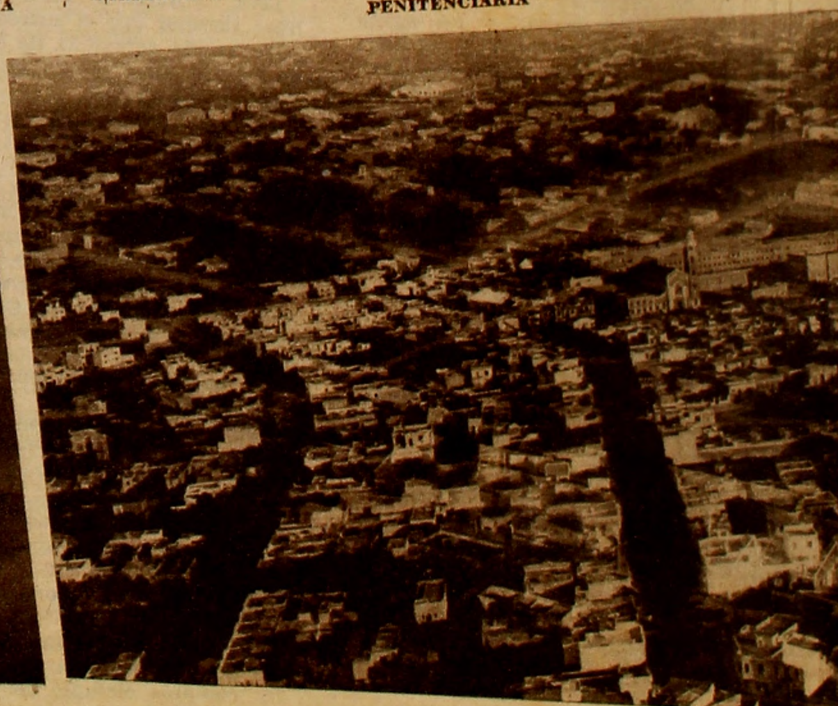


LA RECIENTE Y ELEGANTE BARRIADA DE POCITOS. A LA IZQUIERDA, EL EDIFICIO DEL RAMBLA HOTEL

INSTALACIONES DE LA A. N. C. A. P. EN LA TEJA

BARRIADA DE POCITOS. EL EDIFICIO DEL FONDO, ES EL DE LA PENITENCIARIA

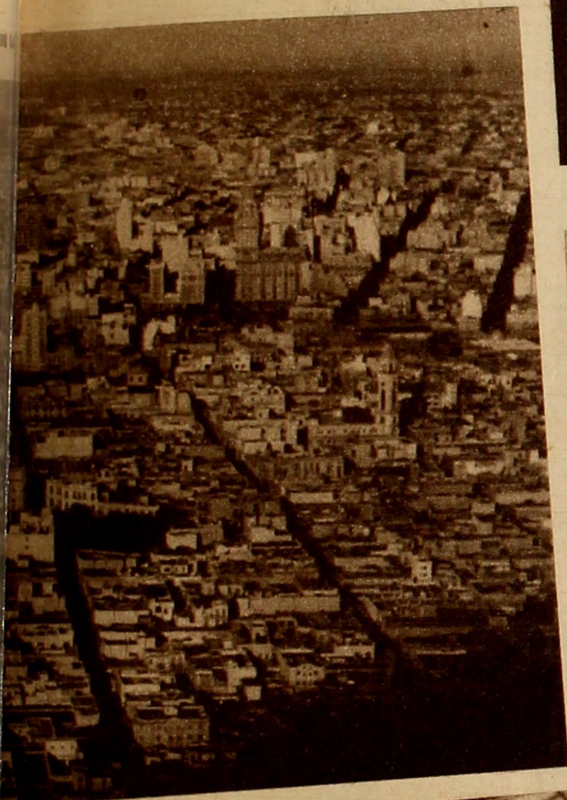




DE MONTEVIDEO.



POR SOBRE LA RAMBLA SUD, LA VISA AEREA DE MONTEVIDEO TIENE SEMEJANZAS NEOYORKINAS



BARRIADA DEL BUCEO, Y PLAYA





CAPITAN AVIADOR EMILIO LUNDELMANN, QUE CON CARUSO COMO PASAJERO, VOLO PARA TOMAR ESTAS NOTAS

Celebrando el tercer mes de la fundación de la P. L. U. N. A. (Primera Línea Uruguaya de Navegación Aérea) que tiene organizado un excelente servicio aéreo de pasajeros con las ciudades mediterráneas y del litoral, se invitó a la gente de prensa para realizar una excursión en aeroplano sobre Montevideo, volándose por sobre el Cerro, la Rambla y Pocitos, que ha sido aprovechada para ofrecerle a nuestros lectores estas notas de la capital, en las que se advierte su crecimiento y modernidad.

GRACIOSAS MASCARITAS.



Iris M. Cautaro Oca.



Margarita I. Goñi Munné.



Chichita y Quiqui Chichet Harán.

fotos de Marchese



Lilyan Sozzo Puntiliani.

Néstor Puntiliani Biandullo.

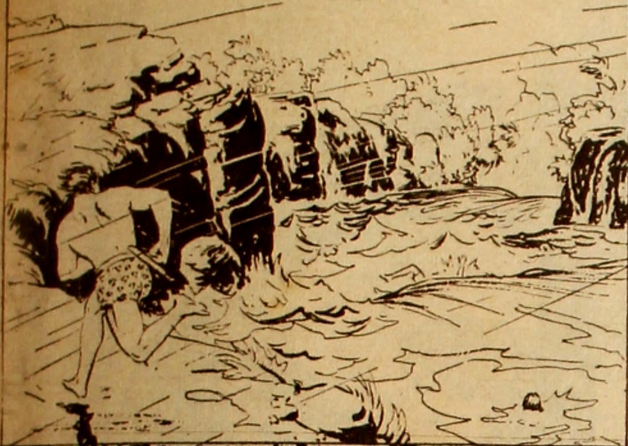


Loreley N. Cataldi Burastero.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EPISODIO DE PELIGRO























Casa Soler

HASTA EL SABADO 13 DE MARZO

prorrogamos nuestra

FORMIDABLE LIQUIDACION

Pobres y ricos deben visitarnos

aprovechando las grandes oportunidades que les brindamos